

## **El Brasil real, la desigualdad tras las estadísticas<sup>1</sup>**

### **Resumen**

El crecimiento económico que ha experimentado Brasil en los últimos años ha conducido al país más grande del hemisferio sur a situarse en los primeros puestos de las regiones más ricas del mundo. Su Producto Interior Bruto (PIB) es de 2,2 billones de dólares, lo que le convierte en la sexta mayor economía del mundo, según el Banco Mundial.

La comunidad internacional se ha apresurado a elogiar los cambios introducidos por el ex presidente Lula da Silva ya que, bajo su mandato, se introdujeron reformas sociales como educación primaria para todos, un sistema de pensiones y la fijación de un salario mínimo. Como resultado el número de empleados experimentó un significativo aumento. A ojos de muchos expertos, la población brasileña, que alcanza ya los 198 millones de personas, nunca ha estado tan bien.

Sin embargo el crecimiento de muchas economías emergentes esconde una realidad que, para muchos, es difícil de aceptar: el avance económico no mejora de forma automática la difícil situación de la población más pobre. Hace apenas 30 años, la mayoría de las personas más pobres del mundo (aquellas que viven con menos de 1,25 dólares al día) habitaban los países más desfavorecidos del mundo. Hoy en día muchas de las personas más necesitadas viven en lugares que presumen de tener una renta media. Y Brasil no es la excepción. Sigue siendo uno de los 10 países más desiguales del mundo y en él habitan 16 millones de personas que viven en la extrema pobreza, lo que equivale a la población total de Holanda. Más del doble de este número, es decir, el 21,4% de la población, está por debajo de la línea de pobreza que establece el Banco Mundial.

Es cierto que el aumento de los ingresos medios, combinado con un mejor acceso a los servicios sociales, ha reducido la pobreza extrema. Sin embargo, los cambios no han alterado el principal problema: la desigualdad estructural que divide a la sociedad brasileña.

---

<sup>1</sup> Informe completo en inglés: <https://www.christianaid.org.uk/whatwedo/eyewitness/americas/brazil-inequality-statistics.aspx>

De acuerdo con el IBGE (Instituto Brasileiro de Geografía e Estadística) en 2011 el 10% más rico de la población acaparaba el 44,5% de los ingresos totales del país, mientras que el 10% más pobre sólo obtenía el 1,1% del total.

Las conclusiones pueden aplicarse a nivel mundial: la búsqueda de crecimiento sólo en términos económicos puede exacerbar con demasiada facilidad, en lugar de reducir, la desigualdad. El crecimiento debe ir de la mano de medidas que sirvan para abordar las causas y factores estructurales que condenan a miles de personas a una vida de miseria. Las transferencias de ingresos a los pobres (una de las medidas impulsadas por Lula) pueden aliviar dificultades económicas en lugares y momentos muy concretos, pero no sirven para paliar la desigualdad ni apoyar a estas personas en sus aspiraciones de un futuro mejor.

Los avances más importantes de Brasil en los últimos años han sido la aceleración de la actividad económica, la creación de empleo y el impulso de políticas sociales, que ayudan a distribuir ingresos directamente a la gente más pobre (especialmente a través de la llamada Bolsa Familia, que ofrece ayuda a estas familias para vacunas y educación de sus hijos). Con el aumento de ingresos se ha producido también un aumento de la venta de bienes de consumo, lo que a su vez ha ayudado a impulsar los niveles de producción y de creación de empleo en el sector industrial y de servicios. Sin embargo, los datos de la Encuesta Nacional de Hogares ofrecen algunas tendencias reveladoras: la caída en la desigualdad de ingreso, atribuida por muchos a los programas de transferencia en efectivo a las zonas donde el desempleo es elevado, ha sido más pronunciada en las zonas con mayor ingreso per cápita. Es decir, la desigualdad ha caído más en los estados más ricos. Otro dato, según investigaciones de CEPRAB: el 90% de los puestos de trabajo creados se sitúan en el peldaño inferior de la escala de ingresos.

La desigualdad afecta en distinto grado a las zonas rurales y urbanas, así como a los distintos grupos sociales y de género, raza y color de piel. La desigualdad racial es una de las principales características de la sociedad brasileña. De hecho, en el año 2010 sólo 3 de cada 10 del 20% más pobre del país eran de raza blanca y también lo eran 7 de cada 10 del 20% más rico. En Brasil, los afrobrasileños, que representan el 50,7% de la población, cuentan con menos oportunidades, ocupan peores puestos de trabajo y viven en regiones con infraestructuras más deficientes. Entre los quilombolas, descendientes de esclavos, la proporción de niños desnutridos hasta los cinco años es un 76,1% más alta que la de la población en su conjunto y un 44,6% superior que la de la población rural.

La desigualdad afecta con mayor o menor crudeza dependiendo del lugar en el que se viva. El nivel de ingresos del 20% más pobre varía ampliamente de unos lugares a otros. Vivir en el noreste rural significa tener una renta cuatro veces inferior que la de una persona que vive en una región metropolitana.

La desigualdad de género, por su parte, también está muy extendida, sobre todo en el lugar de trabajo. Un 14% de las mujeres trabajadoras son empleadas domésticas, mientras que muchas otras se encargan de ocupaciones “típicamente femeninas” como enfermeras o secretarías. Cuando desempeñan los mismos trabajos que los hombres, las desigualdades también son evidentes en forma de salarios más bajos y una menor perspectiva de ascenso y promoción. La discriminación de género tiende a confinar a las mujeres a las tareas y obligaciones domésticas, lo que conduce a una menor participación de ellas en el mercado laboral.

Sin embargo, la desigualdad de ingresos no es la única manifestación de la misma. También existen grandes disparidades en el acceso a servicios públicos como la sanidad y la educación, lo que tiene enormes impactos para la esperanza de vida y la alfabetización de los brasileños

La educación formal también reproduce las desigualdades. El acceso a la escuela no garantiza las mismas oportunidades para todos los grupos sociales. Existen enormes diferencias entre la calidad del sistema público y el privado, con una clara desventaja para el primero. Esto explica por qué en 2009 más de tres de cada cuatro niños (del 20% más pobre) no pudo completar la educación primaria y apenas uno de cada 200 estudiantes del mismo grupo completó la educación superior. En cuanto a la sanidad hay que destacar que la esperanza de vida de las personas en situación de pobreza y vulnerabilidad es mucho menor que la de los sectores más ricos.

Las desigualdades que continúan existiendo en Brasil están directamente relacionadas con el pasado del país. Las enormes plantaciones de azúcar y fincas de café, trabajadas durante tres siglos por 4 millones de esclavos africanos, explica la gran concentración del poder económico en manos de unos pocos terratenientes ricos. Además el desarrollo económico del siglo XX siguió favoreciendo a la élite, sobre todo a los sectores industriales y comerciales. Aunque sí surgieron la clase media y obrera, no eran lo suficientemente fuertes para transformar el Estado en una sociedad asalariada donde las condiciones de empleo fueran universalmente aceptadas. Muchos líderes, economistas y pensadores sociales supusieron que la modernización y la industrialización de la sociedad brasileña traería consigo la eliminación de las desigualdades. Pero la historia demuestra que no fue así.

La industrialización de las áreas urbanas se combinó con la represión de los movimientos de trabajadores y la implantación de barreras a la creación de sindicatos rurales. La protección de los ricos ha sido parte de la historia de Brasil. A pesar de que el sistema de gobierno es democrático, los privilegios de los grupos más ricos no se han alterado. Los sucesivos gobiernos han tratado de utilizar los beneficios del crecimiento económico para aliviar la pobreza extrema sin confrontar los factores políticos subyacentes a la desigualdad, como el sistema tributario regresivo y la alta desigualdad en la distribución de la tierra. De hecho, en los últimos años, el crecimiento de la agroindustria ha potenciado la concentración de la

tierra en manos de terratenientes. El 84,8% de la producción agrícola se concentra en sólo el 8,1% de los negocios del sector, dejando a casi 4 millones de establecimientos incapaces de lograr un mayor ingreso mensual que dos veces el salario mínimo.

En cuanto a fiscalidad, los datos del Gobierno muestran que los hogares más pobres pagan casi la mitad de sus ingresos en impuestos, mientras que los más ricos utilizan para ello apenas una cuarta parte. Según la contraparte de InspirAction, INESC, otro factor que agrava la desigualdad es la evasión de impuestos por grandes fortunas y multinacionales. Esto se traduce en que aproximadamente el 9% del PIB se pierde debido a la evasión fiscal. Dinero que no puede ser utilizado para financiar servicios públicos como la sanidad o la educación.

La implantación de medidas que aborden las causas estructurales de la desigualdad promoverán beneficios para todo el país mediante la inversión en políticas públicas y la reducción del daño social que conlleva. Por ejemplo, la reducción de los delitos violentos, en un país en el que 35000 jóvenes mueren cada año por armas de fuego, beneficiará a toda la sociedad.

La reducción del número de personas que viven en la pobreza extrema debe celebrarse, pero no debe convertirse en la alternativa a las reformas estructurales para hacer frente a la desigualdad, sino en un complemento.